

Ya no se admite Adobe Flash Player

EL MITO DE LA AMISTAD CHILENO-PERUANA, PARTE I: FUNDAMENTOS HISTÓRICOS DEL ANTAGONISMO, CHOQUE DE INTERESES Y COMPETENCIA COMERCIAL, MILITAR Y ESTRATÉGICA DE AMBOS PAÍSES (SIGLOS XV A XIX)

-Ampliado y actualizado en septiembre de 2008-

EN PERÚ SUELE SALIR A LA LUZ, EN VARIADAS OCASIONES Y DISTINTOS MOMENTOS HISTÓRICOS, UN SENTIMIENTO ANTICHILENO QUE LLEGA AL ABIERTO ODIO Y DESPRECIO BELICOSO. LAS PRIMERAS MANIFESTACIONES DE ESTA TENDENCIA, DERIVADA QUIZÁS DE LA FUERTE COMPETENCIA QUE EL PERÚ HA TENIDO DESDE LA COLONIA CON EL COMERCIO Y EL PREDOMINIO CHILENO EN EL PACÍFICO, COMIENZA CASI CON LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA MISMA Y CONTINÚA DESPUÉS EN LOS PRIMEROS AÑOS DE LAS REPÚBLICAS, PERDURANDO POR TODO EL SIGLO XIX Y PARTICIPANDO ACTIVAMENTE EN LA GESTACIÓN Y EL DESARROLLO DE LAS GRANDES GUERRAS QUE INVOLUCRARON A AMBOS PAÍSES DURANTE DICHO PERÍODO

****

Introducción: una triste y escondida historia secular de fastidio y desprecio

El historiador peruano Manuel I. Vegas, en su "Historia de la Marina de Guerra del Perú" de 1929, escribe estas reveladores líneas, quitándose la máscara de fraternidad y comunidad de intereses entre su patria y el vecino del sur que tanto prefieren otros autores:

> *"Desde la época colonial va incubándose en los habitantes del paupérrimo país chileno una honda envidia hacia nuestro próspero país. A Chile debía producirle sentimientos de inferioridad moral el hecho de saber que el imperio de los Incas había irradiado su poder hasta las riberas del Maule, llevando una*

> *avanzada cultura a sus turbulentos habitantes semisalvajes y, al comparar el esplendor y decidido influjo del virreinato de Lima con su propia pequeñez espiritual y material, crecíale el odio impotente por entonces..."*

Un término clásico usado en Perú para referirse a los chilenos, es *"mapochos"* o *"mapochinos"*. A veces, sin embargo, en algunos chistes y discursos patrioteros del siglo pasado, esta expresión había sido asociada por su parecido fonético a *"cochinos"* (cerdos). Hasta hace algún tiempo, además, se empleaba la expresión popular *"alimentar a un chileno"* para referirse al acto defecar. En los libros de historia actuales, podemos ver textos que, en forma más académica que los casos anteriores, se refieren con desprecio a los chilenos que emigraron a las salitreras en el siglo XIX, como *"hambrientos"* y *"masa de proletarios invasores"* que llegaron a establecerse a territorios calicheros de Perú y Bolivia.

Esta obsesiva atención de parte del desprecio peruano hacia Chile tiene raíces profundas, como veremos, y no consta de meras expresiones basadas en circunstancias o contextos calientes, o a la mera transposición de sentimientos individuales al plano colectivo, como la envidia o el egoísmo. Aunque sin duda no es generalizada, también veremos que estos patrones son históricos y se manifiestan con regularidad casi cíclica.

Como se sabe, lamentablemente, algunos saqueos y revueltas menores protagonizadas por los soldados chilenos que entraron a Arica, Tacna y Lima, han dejado un caldo de cultivo para tejer todo tipo de historietas de horror sobre los excesos que hubo en Perú, durante la Guerra del Pacífico, alimentando la idea de los chilenos *"salvajes"* que robaron coléricamente la ciudad, hecho histórico absolutamente falso y que pertenece más bien al folklore del Perú que a la historia propiamente tal.

Estas caricaturas son exageraciones en las que se ha llegado a hablar de verdaderas carnicerías y exterminios que no fueron tales; esto sin mencionar, por supuesto, los abusos propiciados y amparados por los peruanos en contra de nuestros compatriotas en las salitreras, antes de estallar la guerra. Vale recordar que estas versiones odiosas de los hechos continúan siendo ofrecidas a los turistas de Chorrillos y Moquegua, por ejemplo, en donde los viajeros internacionales suelen recibir de parte de sus guías no sólo la versión peruana de los hechos de la guerra, sino insólitas caricaturas sobre niños y mujeres peleando a manos desnudas contra los chilenos luego de que nuestros soldados *"aniquilaran hasta el último hombre"*.

Aun así, quienes suponen que el desprecio del Perú hacia Chile comienza con estos acontecimientos de la Guerra del '79, se equivoca rotundamente, como veremos.

Contenido racista y supremacista de ciertos discursos del antichilenismo

Algunas fuentes patrioteras peruanas mostrarían que el antichilenismo suele referirse al pueblo objeto de sus odios

frecuentemente con apelativos como el de *"araucanos"* (usado en forma despectiva) o bien *"muertos de hambre"*, evocando a la descripción que suele hacerse de los obreros inmigrantes chilenos del siglo XIX. Por otro lado, los grupos representantes de corrientes indigenistas propias del Perú interior, con relativa fuerza entre los reservistas de ese país, prefieren señalar a los chilenos como "blancos mestizos", occidentalizados y cuya inferioridad estaría presente en su ausencia de milenarismo cultural o de tradición histórico-imperial como la peruana. Imitando el término despectivo utilizado por los pieles rojas contra la colonización norteamericana, los representantes de esta extravagante corriente suelen llamar a sus vecinos del Sur como los *"carapálidas"*.

Todos estos términos, en sus distintos grados de academicismo o vulgaridad, tienen sin embargo un espíritu común: el profundo y arraigado odio a los chilenos que aloja en algunos sectores de la sociedad peruana, alimentado por los "reivindicacionistas" (revanchistas). Un sentimiento de constante atención hacia el pueblo chileno, que sin duda no es recíproca, por mucho que algunos puritanos intenten ver en Chile semejantes muestras de odiosidad.

El pueblo peruano, por alguna razón que nos llena de preguntas, es increíblemente racista en el peor sentido de esta palabra, según lo declaran sus propias fuentes internas, abordando en forma crítica esta tendencia dentro del propio Perú pero, aparentemente, existe gran permisividad hacia estas manifestaciones. A pesar de la influencia mestiza y/o mulata de la mayor parte de sus habitantes, hay un curioso desprecio por los individuos más morenos de su sociedad, o bien los que evidencien mayores rasgos indígenas. Ya en tiempos de la Confederación Perú-Boliviana, los enemigos limeños del Mariscal Santa Cruz cantábanle a sus espaldas una grosera y burlona canción que hacía referencia también a sus gruesos labios heredados de la sangre indígena de su madre, cuyo estribillo decía:

> "*¡Torrón, ton, ton ton / que viene, que viene / el cholo jetón!*".

Así lo reconocen, entre otros, el autor peruano Raúl Porras Barrenechea. Demás está recordar la vieja disputa que tienen grupos aimaraes y quechuas dentro de los territorios de Perú y Bolivia.

Hoy en día, no es raro encontrar entre grupos sindicados en esta clase de creencias la interpretación despectiva de la ración del pueblo chileno con la cultura "araucana", basada a su vez en mitos antropológicos de muy poca credibilidad o precisión. El Presidente Toledo encontró grandes detractores entre ciertos sectores políticos de las altas esferas de poder, al parecer por esta misma razón. Los peruanos de piel más oscura reciben apodos como *"serranos"*, y son abiertamente discriminados en la entrada a discotecas o locales de entretención, llegándose incluso a desprecios al interior de las mismas familias con sus miembros de aspecto negroide. Un caso particularmente bullado fue el de la reina de belleza peruana Rosa Elvira Cartagena, cuyo aspecto mulato causó gran incomodidad entre algunos círculos preocupados de la imagen internacional que podría generarle al Perú su presencia en el certamen Miss

Universo, motivándose oscuras acciones que comprometieron a la productora *D'Elite* y que obligaron a la modelo a entregar su corona, en agosto 1999.

Por otro lado, está lo que podríamos llamar el racismo inverso, una especie de "supremacismo cholo" (por darle algún nombre) que ha comenzado a emerger en los últimos años, tal vez como respuesta al racismo de los peruanos del territorio bajo. Según estos postulados, basados en interpretaciones torcidas de los trabajos literarios de autores como José María Arguedas, en el militarismo progresista de Velasco Alvarado y en los movimientos golpistas generados en algunos cuarteles durante el Gobierno de Alberto Fujimori, muchas veces con inspiración claramente pro-marxista.

Según estas manifestaciones de racismo, el "cholo" sería el único y legítimo representante del peruanismo, milenario y racialmente *"optimo"* (?) mientras que el resto del pueblo peruano, *mestizos occidentalizados*, representarían la decadencia y la aculturización. Los chilenos, en este caso, también serían sujetos portadores de la decadencia racial y de la occidentalización. Con estas tendencias absurdas, no es raro que los chilenos también tengan un lugar en la lista de seres frecuentemente despreciados por algunos grupos sociales peruanos, por una u otra razón. Y también tiene sus costos internos: Perú alcanza 70 puntos en la escala de 1 a 100 en el cuadro continental de violencia étnica latinoamericana.

Como veremos, esta tendencia no sólo se refleja en su seno interno, sino también en su relación con el entorno y particularmente con Chile.

Resentimientos y enemistades ancestrales (tiempos precolombinos)

A pesar de que los chilenos no caen en la categoría de *"serranos"* o algo por el estilo, algunos agitadores peruanos han proclamado una conciencia de desprecio hacia los demás pueblos identificados como "autóctonos", especialmente por el indígena araucano, tal vez desde una tradición ancestral que proviene de la frustración de los antiguos incas por pasar las fronteras de las resistencias indígenas de territorio chileno, empresa que fue detenida por los pueblos precolombinos locales.

El origen de este resentimiento asociado a tales antecedentes, puede ser identificado en los pasajes del "Compendio de Historia Geográfica, Natural y Civil del Reino de Chile", en la segunda parte de 1787 titulada "Saggio sulla Storia Civile del Chili", del Abate Juan Ignacio Molina, donde dice:

> *"El inca Yupanqui, que según mi cómputo, reinaba en el Perú hacia el año 1450, informado de estas ventajosas cualidades de Chile, intentó tentar su conquista. Con esta mira, se dirigió con un poderoso ejército a las fronteras de este reino. Pero o fuese por temor de exponer su persona, o por estar mas en disposición de suministrar los socorros necesarios a la ejecución de su designio, se encerró con su Corte en la provincia*

> *limítrofe de Atacama, y confió la empresa a Sinquiruca, Príncipe de sangre real".*
>
> *"Este General, precedido, según la plausible costumbre de los Peruanos, de varios Embajadores, y seguido de un grueso cuerpo de tropas, subyugó más con la persuasión que con la fuerza a los Copiapinos, Coquimbanos, Quillotanos, y Mapochinos. Después, pasado el río Rapel, fue a atacar a los Promaucaes* (promaucahues)*, que no habían querido rendirse a las insinuaciones de sus Embajadores. Este pueblo, cuyo nombre significa en lenguaje Chileno* bailarines libres*, o gente dedicada al baile, habitaba el deliciosos país que yace entre el susodicho río Rapel y el de Maule, donde se distinguía entre todos los nacionales por su genio inclinado y a todo tipo de divertimientos. Sin embargo, los placeres no les habían afeminado el ánimo. El hizo frente con heroico valor al ejército Peruano y lo deshizo enteramente en una batalla de duró, según el Historiador Garcilazo, tres días consecutivos, por los frecuentes socorros de gentes que llegaban a ambos partidos".*
>
> *"El Inca, informado del infausto suceso de sus armas, y del insuperable valor de aquellos habitantes, ordenó que el río Rapel sirviese en adelante de límite a sus estados por aquella parte. Garcilazo dice que el río Maule, pero no es verosímil que el pueblo vencedor quedase comprendido dentro de los términos del vencedor. Efectivamente, no lejos del río Cachapoal, el cual junto al Tinguiririca forman el Rapel, se ven hasta ahora, sobre una colina cortada perpendicular los restos de una fortaleza de estructura Peruana, que sin duda cubría por aquella parte las fronteras del Imperio contra los ataques de los indómitos Promaucaes".*

Estas referencias a la epopeya ya aparecían también en el Canto I de "La Araucana", de Alonso de Ercilla y Zúñiga:

> *"Los promaucaes de Maule, que supieron*
> *el vano intento de los Ingas vanos,*
> *al paso y duro encuentro les salieron*
> *no menos en buen orden que lozanos;*
> *y las cosas de suerte sucedieron*
> *que llegando estas gentes a las manos,*
> *murieron infinitos orejones,*
> *perdiendo el campo y todos los pendones."*

Considerando estos antecedentes y otras crónicas disponibles sobre el episodio del intento de conquista inca de Chile, la comparación con actuales fuentes peruanas permite advertir al menos dos grandes errores en el relato histórico que hacen esos autores sobre los hechos descritos:

1. Que dan por hecho que todos los indígenas que le presentaron resistencia a los conquistadores incas venciéndolos en lo que después sería el territorio chileno, eran *araucanos*. La verdad es que los llamados *araucanos* sólo aparecen en la zona comprendida *"entre los ríos Biobío y*

Valdivia" según anota Molina, en la primitiva zona de *Arauco*, siendo representados principalmente por el pueblo *mapuche*. En la expedición de conquista inca iniciada hacia 1458 (la que describen Ercilla y Molina) fueron derrotados en el Maule, como hemos dicho, hacia el año 1460. Esto es a la altura de Talca, muy al norte del escenario mapuche propiamente tal.

2. Que denominan *Chile* a toda la zona entonces comprendida en los territorios que lograron conquistar al norte de la frontera de Arauco, la que resultó impenetrable al conquistador inca y luego al español. Lo cierto es que a la sazón sólo se llamaba originalmente *Chile* a la zona del río y valle del Aconcagua, donde las expediciones incas no encontraron mayor resistencia y no libraron las batallas con *promaucaes* (aparentemente más relacionados con los *picunches*) o *araucanos* (para referirse en realidad a los *mapuches*), de modo que si se quiere denominar como *Chile* a todo el territorio que recibiría por gracia de los hispanos dicho nombre, entonces se verán en la necesidad de admitir que sólo lograron ocupar una parte del país y no la que realmente les presentaba resistencia. Algunos historiadores peruanos, para limar esta aspereza en sus relatos cargados de heroísmo e idealización, afirman que los incas no vieron nada que tentara su interés hacia el sur del Maule, por lo que decidieron parar allí sus conquistas, aunque sin entrar a explicar qué es lo que sí encontraron al norte de estos territorios y que les haría mantenerlos en sus dominios, construyendo incluso innumerables fuertes *pucarás* para vigilarlos.

La idealización del pasado inca y su odiosa reformulación supremacista

Tal vez como una forma de racionalizar la mancha que significa para el orgullo "inca" el episodio del Maule, y suponiendo que el mestizaje chileno lleva una parte indígena que popularmente se asocia a la sangre araucana o mapuche, el discurso del antichilenismo del Perú ha construido una razón de desprecio hacia un pueblo, según ha llegado a ser definido en libros de historia locales y por corrientes políticas como el etno-nacionalismo de ese país. Cuando no, entonces se recurre al gastado argumento del "milenarismo racial" peruano, comparado con el chileno, a su entender carente de cultura y de profundidad histórica.

Como hemos dicho, algunos autores peruanos prefieren racionalizar la barrera que el inca encontró en Arauco rebuscando explicaciones sobre la falta de interés de los "civilizadores" del imperio en esos territorios al sur del Toltén por carecer de tesoros o de culturas dignas de considerar en los intercambios comerciales. A pesar de ello, sin embargo, el antes citado trabajo del Abate Molina, dice en 1787:

> *"Los Peruanos cerca de este tiempo* (siglo XV) *habían dilatado su Imperio desde el Ecuador hasta el Trópico de Capricornio. El Reino de Chile, que principia desde aquella parte, era una adquisición demasiado importante para escaparse de las ambiciosas miras de aquellos Conquistadores".*

Las afirmaciones que idealizan al imperio inca hacia este período de la historia, también tienen grandes errores, pues desconocen el estado de decadencia y postración en que se encontraba el Tawantinsuyo Inca, especialmente desde 1530 y hasta la llegada al Perú del conquistador hispánico (al contrario del mito del momento de "mayor esplendor" del Imperio, según el folklore), y luego de un sangriento tránsito de guerras civiles.

De hecho, el inca Atahualpa ni siquiera era completo representante de la casta de emperadores incas, pues su derecho a gobernar sólo se reducía a los territorios del Quitus por facultad del linaje de su madre, aparentemente descendiente del Inca Pachacútec. Por eso, cuando el padre de Atahualpa, el último emperador Huayna Cápac decide en su lecho de muerte partir en dos sus reinos, a éste le entrega sólo la parte norte, mientras que a su hermanastro Huáscar toda la parte sur, que iba desde Jauja hasta las orillas del Rapel, aproximadamente. Es decir, incluyendo territorios de Chile.

Fue por eso que Atahualpa decidió alzarse contra Huáscar para conquistar la totalidad del poder del Tawantinsuyo, pereciendo ejecutado por los españoles que llegaron allí en medio de su empresa.

A pesar de estos hechos, tales afirmaciones idealizadas han servido para fomentar toda clase de acciones absurdas y bizarras, como la estigmatización de los españoles señalados como únicos "culpables" de la caída del imperio inca, oscura filosofía que ha sido fértil, por ejemplo, para justificar el retiro de una estatua de Pizarro desde la plaza de Lima, durante el año 2003, de la que se intentaron ecos entre la comunidad peruana residente en Chile al "exigir" similar medida con respecto a al estatua de Pedro de Valdivia en nuestra Plaza de Armas de Santiago y, pocos días después, "exigir" esta vez el cambio de nombre de la calle "21 de Mayo", a un costado de la misma plaza, simplemente porque la evocación de la gesta heroica de Iquique molestaba tanto a ellos como a un insignificante puñado de seudo ecologistas chilenos que los acompañó en las protestas.

Virreinato vs. Capitanía: confrontación colonial de intereses (siglos XVI y XVII)

Chile es una nación que plantea innumerables características propias y atípicas de la historia americana, por mucho que esta afirmación erice los pelos a los émulos y románticos bolivarianos de nuestros días. Careciendo de las grandes riquezas y de los imperios forrados de oro que los conquistadores hallaron en el resto del continente, la Capitanía de Chile era un lugar hostil, salvaje y peligroso, carente de toda gema u oro con el que pudiesen cargarse galeones. Era el verdadero patio trasero de Indias, donde sólo los españoles deseosos de aventura y odiseas osaban llegar.

Tierras agrestes que, sin embargo, eran en otros aspectos bastante generosas al invasor, sin animales venenosos, con un clima noble y valles fértiles. Su único valor orbitaba estratégicamente, sin embargo, en torno a la protección del Estrecho de Magallanes y de los accesos al rico Perú Colonial, del que Chile era virtualmente su huerto. Era ésta, acaso, la señal de la profunda influencia que la

propia tierra y el suelo tendrían sobre sus posteriores habitantes. Autores que van desde el Abate Molina hasta Francisco Antonio Encina, además, creen que había en estas tierras una antigua y desaparecida civilización preincásica, que no fue tomada en consideración por carecer Chile de ruinas o vestigios tan espectaculares como los del Perú y Bolivia.

Aquí la historia siguió un curso distinto. Los aguerridos viajeros españoles (*"con una mano en la espada y la otra en el arado"*, al decir de Serrano) se encontraron cara a cara con una raza guerrera e indómita, misma que había sido capaz de contener el avance de los incas sacando una buena fracción de Chile del patrón común de Sudamérica, de influencia incásica. Se trataba del araucano, el mapuche, aquel que inspiró a Alonso de Ercilla, otro poeta y guerrero, a la escritura de "La Araucana", una saga de historia y leyenda que también representa toda una excepción dentro de la historia de la conquista de América y que presenta enormes paralelismos con otras historias épicas como el "Orlando Furioso". Sólo en estas tierras chilenas salvajes, los españoles perdieron más del doble de la cantidad de hombres que les costó conquistar el resto del Nuevo Mundo, motivando una frase histórica del Rey Español: *"En Chile he perdido a casi todos mis guzmanes"*, aludiendo al término *"Guz-Man"* (*"Hombre Bueno"*) con que se señalaba a los guerreros nor-hispánicos, de origen mayoritariamente godo, y posteriormente influido por el elemento andaluz. Y es que estos araucanos parecían tener un sentido y una creatividad militar completamente distintos de los demás grupos étnicos de la región sudamericana a pesar de la simplicidad y rusticidad de su civilización si se la compara con la de otras culturas del continente. Latcham y Encina llamaron *"moluches"* (*"hombres de la guerra"*), a la misteriosa raza originaria de la que proceden los mapuches.

En contraste con la Capitanía de Chile, en los tiempos del Virreinato del Perú -fundado en 1542-, la condición de tal dio al Perú una fuerte influencia española y una riqueza cultural y material que jamás ha vuelto a experimentar. Entonces, un dicho popular peruano reflejaba los efectos de este lujo en un colectivo complejo de superioridad:

> *"Si en Perú los esclavos andan de seda, en Chile los señores calzan sandalias y en Argentina a pies pelados"*.

Efectivamente, en el rico y poderoso Virreinato del Perú se establecieron importantísimos aristócratas de la elite española y comerciantes de gruesa manga, mientras en la humilde y sacrificada Capitanía de Chile lo hacían sólo los modestos soldados godos y algunos comerciantes de bajos volúmenes, más motivados por la aventura que por el lucro. La comparación más frecuente entre ambas gobernaciones, es que la Capitanía equivalía al granero del Virreinato. El valor estratégico del Estrecho de Magallanes y de los enclaves españoles en Chiloé, Valdivia y Santiago, sin embargo, demandó enormes sacrificios de parte de la Corona, enviando constantemente personal desde España y desde el mismo Perú (sólo algunos de estos últimos peruanos, por cierto), que se sumaban a la larga lista de pérdidas que estas comarcas de Indias Orientales le significaban a la península; territorios agrestes y violentos donde la conquista del elemento indígena seguía en pleno

proceso, como lo constataría el Gobernador García Hurtado de Mendoza al suceder a Pedro de Valdivia, en 1557, y avanzar hacia el Sur buscando la incorporación del Estrecho. Nada era tan diametralmente opuesto al panorama que ofrecía, en ese instante, el Virreinato del Perú.

Como consecuencia de esta tendencia, a pesar de su origen mestizo el pueblo peruano paseaba, vestía y vivía al estilo de las altas familias europeas del mejor linaje gótico, mientras en Chile, la población hispana y mestiza debía resolver su difícil existencia entre el arado y el sable. La situación de la guerra de Arauco era un punto neurálgico fundamental en la formación del elemento chileno, de su conciencia y del distanciamiento cada vez mayor con el viejo Virreinato.

La gobernación de Chile, para el siglo XVII, poco lustre habría dado ante el rico y lujoso Virreinato del Perú. Esta superioridad de forma, configuró en el pueblo peruano una actitud muy particular: una tendencia a sentir y hacer sentir el estatus que el Perú ocupaba, y que permitía desde entonces hacer correr creencias urbanas tales como que los chilenos tenían una profunda envidia hacia el Virreinato, sentimiento que habría estado arraigado en la propia sangre por la influencia araucana, a su vez envidiosa de la parte inca que alojaba en el peruano promedio, hijo de un gran imperio precolombino (incaico) y actual heredero predilecto en Indias de otro gran imperio (español).

Como muestra de la abismal diferencia de los recursos que tenía cada gobernación, basta recordar la facilidad con que Lima logró reponerse del terremoto que la golpeó en 1630, en contraste con la destrucción y el daño que provocó en Santiago el terremoto de 1647. Este gran desequilibrio ha sido explotado por décadas por parte de los historiadores peruanos, estableciendo la calumnia de que la "envidia" chilena hacia el pasado peruano habría motivado la "agresión histórica" de parte del vecino sureño, supuestamente materializada en las guerras contra la Confederación y la del Pacífico.

Temprano factor geopolítico: "pérdida" de la Capitanía (1743-1817)

Otros de los sentimientos de bajo origen que se hicieron sentir durante la Colonia, aún cuando pocas veces los autores de uno u otro lado se aventuran a hablar de ellos, dicen relación con la curiosa conciencia que se formó en el Virreinato durante aquellos años con respecto a su relación administrativa con Chile. La imposibilidad de las expediciones "civilizadoras" incásicas para atravesar la frontera que, como un cuño, les cortaba el paso a Arauco, privó al posterior virreinato del acceso y la domadura de los territorios al Sur de este punto, donde la posesión directa de Chiloé les enseñó, después, que allí se encontraban algunas de las costas más apropiadas para la construcción de puertos marítimos. Para el Virreinato del Perú, el sometimiento de Arauco había sido una tarea que habían quedado pendiente, con sabor a derrota y fuera de sus posibilidades, concentrándose en la mayor parte de la actividad de la Capitanía de Chile. En gran parte, las frustraciones de establecer

un foco hegemónico en el Pacífico derivan de ese destino inconcluso.

Este sentir ha persistido en la mentalidad peruana hasta nuestros días. El fracaso rotundo de proyectos de navegación de naves de totora o junco como la "Viracocha" y la "Matarangui" -inspirados en las famosas pruebas del antropólogo Thor Heyerdhal- no ha servido para frenar toda clase de fantasías de parte de algunos grupos nacionalistas peruanos, que intentan extender la pretendida influencia incásica a niveles marítimos y a posibilidades navieras que en la realidad histórica nunca poseyó el imperio, incluso sobre el Sur de Chile, Isla de Pascua y hasta el territorio Antártico. Obviamente estas teorías se basan en especulaciones de seudo ciencia y realismo fantástico, mas no en pruebas concretas. Estas eran, sin embargo, pretensiones formadas en Perú durante la misma colonia y no es raro que persistan en fuentes históricas que se presumen de rigor científico.

Hasta el día de hoy, es frecuente encontrar documentos peruanos donde se alude a la "pérdida" de Chile durante la Colonia, señalando por tal la separación de la Capitanía General de Chile con respecto al Virreinato del Perú, ordenada por Real Cédula en 1778. Esta reclamación equivaldría a que Chile reclamase como perdidas territoriales los territorios de Tucumán y Cuyo, ambas provincias segregadas de la jurisdicción de la Capitanía por orden real, sin que las administraciones locales de Indias pudiesen influir mayormente sobre esta clase de decisiones. En términos estrictos, las pérdidas territoriales sólo pueden corresponder a territorios que fueron separados del total que a cada nación le correspondía como herencia de la Colonia, al momento de su independencia, es decir, 1810 en adelante. Esto es el principio de *Uti Possidetis*. La separación de Chile con respecto al Virreinato es lo que permitió, en términos de derecho, que el país sea hoy en día uno distinto del Perú y no le pertenezca, o al menos no existan argumentos jurídicos para proponer la subordinación de Chile al Perú.

En el caso peruano, sin embargo, la segregación colonial de la Capitanía de Chile privó al ex-Virreinato del control de la mayor parte de las costas del pacífico, de Magallanes y de los enclaves estratégicos de Valdivia y Chiloé sobre los cuales, como veremos, se intentaron "recuperaciones" durante el gobierno del prócer Bolívar. Desde este punto de vista, la segregación de la Capitanía constituyó no una pérdida de territorio republicano, sino una mutilación a las aspiraciones centralistas del Virreinato, núcleo cultural y político de la colonia.

Sin embargo, la "pérdida" de la Capitanía fue un proceso duro y doloroso que no se redujo solamente a la decisión real de 1778, sino a una serie de avances que, en la conciencia dominante del Virreinato, equivalían a ver con angustia cómo el dominio de Chile se les iba de las manos. De haber dependido por completo de Lima (*"Chile es el granero del Perú"*, recordemos que se decía en aquellos años), la Capitanía comenzó a florecer económicamente y de la nada, llegando a raspar ya entonces sobre los intereses comerciales peruanos, especialmente en el asunto naviero, que era controlado por autoridades del Virreinato que imponían cuotas de carga lesivas para los productores y comerciantes chilenos.

El camino a la autonomía chilena había tenido, además, un gran avance el año 1743, cuando se creó la Casa de la Moneda. Sumada a la creación del Tribunal Consular de Santiago, todas estas medidas conspiraban contra el interés del Virreinato por mantener su jurisdicción sobre la Capitanía de Chile. En 1747, se creó en Chile la Real Universidad de San Felipe. Para aquellos años, el control comercial del Perú sobre el Virreinato ya estaba agónico. Los resquemores se acrecentaron luego de que, 1774, comenzaran a operar con éxito los navíos de registro por el Cabo de Hornos que anclaban en Concepción, Valparaíso y La Serena, medida que iba en desmedro del movimiento de mercaderías entre el puerto peruano del Callao con Europa. Fue así como la separación del Virreinato y la Capitanía fue sólo el final de un proceso de disociación política y comercial que abarcó prácticamente todo el siglo XVIII y que, sumada a la liberación del comercio entre España y las colonias, inició la tendencia a la competencia casi natural e histórica de ambas naciones dentro de la región.

Aunque entonces no existían los conceptos de nacionalidad que brotaron con las repúblicas, no era raro que las gobernaciones también lamentaran esta clase de segregaciones, como también ocurrió al Cabildo de Santiago, que trató de evitar el traspaso de la Provincia de Cuyo desde Chile hasta el flamante Virreinato de La Plata, en 1776. Fue así como en 1817, con la ola emancipadora casi encima, el Virrey Joaquín de Plazuela declaraba que era necesario mantener la relación dependiente de Chile (tomado de la cita de Sergio Villalobos):

> *"...porque los frutos de la primera necesidad como son trigos, sebos, charques, jarcias y otras materias que produce aquel suelo y sostienen éste, como porque de éste salen las producciones de azúcares y otros artículos que mantienen la multitud de haciendas, y sobre este recíproco y necesario comercio hay la circunstancia de que de no tenerle pierde esta aduana medio millón anual en derechos y por consiguiente, dificulta el poder mantener la guerra y traer indispensablemente la aniquilación de innumerables comerciantes y hacendados que viven sólo de este cambio"*.

Vientos de emancipación: Perú rechaza participación chilena (1821-1823)

La Expedición Libertadora de 1820, dirigida por los Lautarinos, vino a encender otra mecha de los odios antichilenos del Perú. Contrariamente a lo que se cree y a lo que autores americanistas inescrupulosos han hecho creer, la entrada de los chilenos al Virreinato no fue celebrada más que por una mínima parte del pueblo peruano simpatizante del republicanismo, cuya tendencia, especialmente entre las altas familias aristócratas, era evidentemente realista. Sólo un grupo limitado de limeños apoyó esta intervención y permaneció agradecidamente fiel a O'Higgins, hasta el final de sus días en esas tierras, precisamente.

Esta Expedición, a diferencia de lo que alegan los historiadores argentinos y peruanos, fue hecha con banderas chilenas y una enorme superioridad de tropas de nuestro país en los expedicionarios. Esto incrementó la percepción de que era Chile el que se hacía presente en este acto de invasión. En años posteriores, y compartiendo la visión magnificadora argentina de la figura de San Martín como principal artífice de la Liberación del Pacífico, el sacrificio de los chilenos por la libertad del Perú ha quedado en un plano tan indigno y modesto que sólo la negación podría ser más grave.

El que un pueblo *bárbaro*, alojado en un *patrio trasero* y potencialmente *envidioso* del estatus peruano, haya demostrado a este mismo país la debilidad de su ejército y haya producido en Ayacucho un cambio fundamental para el destino histórico del mismo, forzando su conversión en nación independiente, fue algo que causó hondo resquemor entre los sectores de mayor tendencia antichilena, ya entonces existentes. Este resquemor se observa claramente en el histórico relato desarrollado por el Perú en torno a su independencia, en el que se exalta por sobre todo la figura de San Martín y de Bolívar, desconociendo la fundamental participación de Chile en el proceso, país que financió la campaña, que puso a la mayor parte de los hombres, que armó la flota, que consiguió los empréstitos, que puso su bandera al frente de la Expedición Libertadora y que, más encima, realizó al Perú un enorme préstamo para sostenerse en sus primeros años de autonomía, sin que fuese devuelto jamás.

> *"Esta incursión de apoyo* -escribe el prestigioso historiador chileno Oscar Espinosa Moraga-*, por extraña paradoja, fue un alfilerazo al orgullo del Rímac, que continuaba viviendo a imagen del esplendor del Imperio y del virreinato".*

Efectivamente, una comunicación del General Francisco Antonio Pinto fechada en noviembre de 1822, advierte que en Lima existe un verdadero desprecio hacia los propios chilenos y que el odio es tal que los "liberados" casi celebrarían cualquier derrota de la Expedición. Los chilenos peleaban con más energía que los propios peruanos por la libertad del país incásico, y la epopeya de la Primera Escuadra Nacional chilena en aguas peruanas no parecía encender los sentimientos de fraternidad y causa común que habían inspirado la aventura libertadora. Por el contrario, rápidamente se incorporó a la historiografía oficial del Perú la errada noción de que todo se debía al esfuerzo y la sagacidad del General argentino José de San Martín, simplificando los acontecimientos hasta grados insólitos, explicables sólo por el deseo no confesado de minimizar la participación chilena en la liberación peruana.

En la actualidad, estas sensaciones de hace tantos años araron profundo en la emotividad colectiva del ex Virreinato. Prácticamente ningún historiador peruano imprime algún tono de gratitud hacia el extraordinario esfuerzo desplegado por Chile en la liberación del Perú. Por el contrario, insisten en la exaltación exagerada de la figura del General San Martín y una zalamería evidente hacia el orgullo argentino, ignorando que todo en la Expedición de 1820 era chileno, incluso el rango de función militar que el ilustre General argentino desempeñaba en ese momento, precisamente

desobedeciendo órdenes del Gobierno de Buenos Aires que le había solicitado el regreso y el aborto de la misión emancipadora.

Fue la insistencia de O'Higgins la que había convencido a San Martín de no abandonar el plan de liberación de Perú, y fueron los chilenos los que lograron financiar las 37 naves de la Escuadra de bandera chilena, con 600.000 pesos, en una época en que el presupuesto nacional apenas llegaba a los 1.500.000 pesos. Ese dinero era no sólo para mantener a los cerca de 5.000 hombres de la expedición (de los que tres cuartos eran chilenos), sino para los contratos de la gran cantidad de oficiales extranjeros y especialmente ingleses que colaboraron valerosamente en la aventura, como Lord Thomas Cochrane. Las memorias escritas por éste y por Blanco Encalada sobre sus respectivas participaciones en la liberación del Perú revelan la increíble cantidad de ficciones e inconsistencias de la "verdad" peruana sobre esta epopeya. Periodistas y escritores como Caporal Henry calcularon incluso que el total de gastos de la escuadra en más de 1.000.000 de pesos, contando también los víveres y elementos necesarios para cinco meses de campaña, cifra estratosférica para la época. Estas deudas contraídas por Chile fueron tan grandes que provocaron en gran medida la crisis que culminó en la caída del mismo O'Higgins, poco después.

Sin estos esfuerzos chilenos para liberar al Perú, la copa de festejo jamás podría haberse levantado ese 28 de julio de 1821, cuando la Escuadra logra tomar Lima y el Callao. Veremos, sin embargo, que la gratitud peruana hacia Chile sólo alcanzó para la figura de O'Higgins y en gran parte por la situación de autoexilio que vivió en ese país, período en que fue considerado más peruano que chileno entre sus seguidores locales.

A pesar de los enormes desprendimientos, para muchos se hizo claro que en la sociedad peruana había un ánimo muy distinto del que animaba a los emancipadores. No sólo los chilenos eran objeto de indiferencia, el desprecio o una mínima cortesía por parte de los liberados, sino también los colombianos, que de la mano de Bolívar se había embarcado en la misma causa por el Perú. A tal punto había llegado la hostilidad de algunos peruanos hacia los hombres que se jugaban la vida por su libertad, que muchos de estos últimos estuvieron cerca de cambiarse de bando en pleno proceso bélico.

Un antecedente increíble del ánimo que tenía el Perú en aquellos años, nos lo da una insólita situación de 1823 que algunos autores americanistas niegan o esconden enrojecidos por la vergüenza. Como se sabe, tras caer el Virrey De la Serna, el propio San Martín asumió el gobierno de Lima. Un año después, debió abandonar el mandato seriamente cuestionado, en favor de la Junta De La Mar-Salazar-Alvarado, que también duró un año en el poder, siendo relevada por José de la Riva Agüero, que apenas duró unos cuantos meses en el Gobierno. Teniendo en sus manos la responsabilidad de la construcción de la estructura republicana de su nación aún en festejo de su Independencia, Riva Agüero, motivado por su repulsa a la presencia de chilenos y colombianos dentro de su territorio, en cambio se acercó por iniciativa propia a De la Serna para ofrecer una alianza entre el Ejército del Perú y las fuerzas militares monarquistas de la Sierra, ¡para atacar a las

propias fuerzas libertadoras!. Efectivamente, en el Artículo 5º del Pacto Riva Agüero-De la Serna se lee este impresionante párrafo:

> *"Se avendrá el Gobierno del Perú a despedir a las tropas auxiliadoras que se hallan en Lima y Callao, y si los jefes de éstas lo resistieran, entonces, en concierto, los ejércitos español y peruano les obligarían por las fuerzas a evacuar un país en que no existe ya el motivo por que fueron llamadas".*

En fin, como hace notar el profesor Sergio Villalobos, en el monumento a la Expedición Libertadora que los peruanos elevaron en Paracas, por ejemplo, no hay ninguna referencia a ese sacrificio de los chilenos en tamaña campaña, por la cual, según confiesa el argentino Bartolomé Mitre -el mismo gran forjador del mito sanmartiniano-, fue Chile *"quien hizo todo"*.

Deslealtad peruana a Chile: instantánea guerrilla comercial (1824)

Al hecho de que un subordinado como Chile se haya inmiscuido en el destino de un señor como el Virreinato del Perú al forzar su independencia, se agrega la posterior advertencia que hace para sí el propio pueblo peruano, al notar que su calidad de vida y el rico esplendor colonial ya no alumbran como en los tiempos de servicio a la Corona de España, injustificando doblemente tamaña insolencia. Para qué hablar del hecho de que los chilenos hayan realizado sus despliegues de superioridad militar en *suelo imperial.*

El factor estratégico del control del océano, que describiremos, también se concentró fuertemente en la política que el Perú comenzó a desarrollar casi desde el mismo día en que abandonó su condición de virreinato, destinada precisamente a competir con la ex Capitanía por el dominio regional del Pacífico y los movimientos del comercio dentro del mismo.

La ingratitud hacia el esfuerzo chileno en la liberación del Perú era completamente evidente al inicio de la vida republicana de ese país, cuando los conceptos de nacionalidad y pertenencia comienzan a tomar cuerpo y a encarnar el alma nacional. Las complicaciones en el desarrollo de la guerra libertadora del Perú habían significado nuevos desembolsos de dinero, especialmente después del desastre de Moquegua. Para poder comprometer un empréstito monstruoso, de otros 5.000.000 de pesos, Chile prácticamente se autohipotecó en la Bolsa de Londres. En total, los gastos de la aventura libertadora sumaban cerca de 13.000.000 de reales. Aunque el Perú se había comprometido a devolver estos dineros, el destino le esperaba una desagradable sorpresa a los chilenos.

La manifestación oficial de espíritu confrontacional de parte del Perú cobró forma en una política exageradamente competitiva contra Chile, ya fuera en ámbitos comerciales generales (trigo, puertos, etc.) como después en la posesión específica de ciertos productos explotables, como el guano y el salitre. La competencia desenfrenada aún persiste en casos como la producción de pisco, papas o las rutas interoceánicas.

El hostigamiento comercial contra Chile comenzó casi con la salida de la Escuadra Nacional de vuelta a Valparaíso, en 1824. Estas insólitas e inusitadas medidas sólo pueden explicarse por un afán instantáneo de parte del Perú por conquistar a toda prisa un lugar relevante dentro del nuevo escenario de la América liberada. Es así como ese mismo año, *"apenas se perdieron de vista en el horizonte las telas de los barcos"*, al decir de Henry, el Perú gravó los trigos chilenos que entraran a su territorio con un impuesto de 3 reales por fanega, dos reales más que cuando los españoles dominaban el país.

La agresividad y el extraño resentimiento de los peruanos en contra de los chilenos persistía durante este período. A fines de enero de 1824, por ejemplo, realistas alzados en el Callao intentaron capturar el bergantín chileno "José", violando los códigos de navegación y neutralidad en el trato a las naves que realizan funciones comerciales. Remolcado a penas entre los estallidos de los cañones, el "José" fue a parar al fondeadero de la escuadra naval británica, donde se creyó que los patriotas peruanos ayudarían a la infortunada tripulación. Vana ilusión aquella, porque tan pronto llegó al surtidor, el almirante inglés Martín George Guise, olvidando que había participado también en la Marina de Chile, apresó la nave colocándole la bandera del Perú y obligó a sus ocupantes a desembarcar en botes en la costa, donde fueron apresados por los españoles. El dueño del bergantín, don Manuel Rengifo -el recordado futuro ministro de los tiempos de Portales-, quedó en la ruina económica luego de este acto de vil piratería de la armada peruana, perdiendo la nave que capitaneaba en tan triste aventura. Ni siquiera sus desesperadas súplicas al propio Simón Bolívar le permitieron recuperar su barca.

Quiso la historia, sin embargo, que la ineptitud de las clases dominantes chilenas, su falta de visión y la ausencia de espíritus prolijos encarnados sólo en casos excepcionales como un Carrera o un Portales, permitieran graves retrocesos en el cumplimiento del generoso destino que el Pacífico le prometía a Chile, alimentando el sentimiento triunfalista del Perú y las ansias de victoria en una competencia casi instintiva de su parte.

Más ingratitud: intentos por arrebatar a Chile territorios insulares (1825-1826)

Otro sentimiento que Perú heredó claramente de la Colonia como antecedente de lo que sería su relación republicana con Chile, fue por ejemplo el deseo de acaparar el control continental del Pacífico y el dominio de la región. De allí las pretensiones que, en 1826, Simón Bolívar -siendo mandatario del Perú- intentó satisfacer al tratar de incorporar Valdivia y luego las islas chilenas de Juan Fernández y Chiloé para el país peruano.

El archipiélago descubierto por Juan Fernández hacia 1574 había sido declarado como parte de las posesiones soberanas de la República de Chile en 1823. Por entonces, las islas eran llamadas Más a Mar (o Más Afuera) y Más a Tierra, siendo rebautizadas después como Alejandro Seilkirk y Robinson Crusoe en homenaje tanto al verdadero marino que viviera como ermitaño allí y al personaje de ficción que inmortalizara su aventura en la famosa

novela. Chiloé, en tanto, permanecía ocupado por los españoles y fortificado, siendo su población de mayor simpatía realista, bajo el mando del Coronel Antonio Quintanilla, último gobernador español.

Desde el fracaso militar de 1824 en Mocopulli, Chile no expedicionaba sobre la isla de Chiloé, en gran parte por falta de dinero y el atraso que había generado la solidaria Liberación del Perú, aventura onerosa y sacrificada por la cual se habían dejando pendientes estos y muchos otros asuntos internos. A causa de esto, Santiago había solicitado a Lima la devolución de 300 mil pesos de la deuda peruana contraída con el Estado chileno, para iniciar así la incorporación de Chiloé, trámite que le exigía en nota oficial el Canciller limeño José Sánchez Carrión. Pero, en lugar de cancelar esta parte de las deudas, Bolívar creyó oportuno aprovechar la ocasión para anexar la isla al Perú, intención con la cual negoció en secreto la rendición de Quintanilla (sabiendo de la simpatía por el realismo que aún había en el archipiélago) a través de una embajada improvisada desde el Consejo Gubernativo de Lima, aunque sin tener éxito. En su carta al mencionado Consejo, escribía el Libertador:

> *"Quizás el consejo de gobierno, impelido por motivos de delicadeza hacia el Estado de Chile, podría no querer sin consultarle ocupar un territorio que la constitución de aquella República comprende; mas S. E. cree que tales consideraciones no deben existir, porque habiendo el Perú poseído por largo tiempo a Chiloé, habiéndose mantenido y hecho innumerables sacrificios por él, Chile siquiera no ha cumplido con un deber indispensable, el de consultar al Perú antes de sus límites constitucionales. Así los derechos del Perú a Chiloé son incontestables".*

El 1º de septiembre de 1825, en carta a Santander firmada en La Paz conjuntamente con Felipe Santiago Estenos, volvía a insistir ladinamente:

> *"Sobre la toma de Chiloé, diré que estoy resuelto a mandar el año que viene una expedición, si los chilenos no la toman antes".*

Seis días después decidió adelantar su decisión y organizó una ofensiva para convencer a Quintanilla de someterse a la voluntad del Perú, gestiones iniciadas hacia el 27 de octubre.

Al ser enterado el Gobierno de Chile de que el Libertador venezolano estaba dispuesto a invadir por cuenta propia Chiloé y anexarlo al Perú, bajo la excusa de estos *"derechos incontestables"* y después del fracaso de las negociaciones con los realistas, se organizó velozmente una expedición al mando del mismísimo Ramón Freire, que derrotó a Quintanilla el 14 de enero de 1826, salvando para Chile la isla y el archipiélago. Como es de esperar, los autores americanistas rara ver admiten la existencia de esta clase de hechos históricos.

En tal situación, puede que Bolívar creyera que actuaba de buena fe al intentar "avances" para su ilusión de Confederación Americana, con la idea de la incorporación de Chiloé al Perú, y también la del puerto chileno de Cobija a Bolivia, simiente de la

Guerra del Pacífico. Oscar Espinosa Moraga ha escrito sobre el prócer, sin embargo:

> *"El Libertador, que por extraña paradoja ha sido erigido en el símbolo de la integración iberoamericana, concluyó sus días convencido de la absoluta imposibilidad de cristalizarla en la realidad".*
>
> *"Este cambio de criterio determinó su distanciamiento de O'Higgins y demás pléyade de ingenuos que persistían en sus grandiosas utopías. Con excepción de Chile, en el resto de las repúblicas afloró un nacionalismo tan violento que degeneró en dramáticas luchas por el predominio continental".*

Bolívar abandona la vida activa hacia 1827, declarando públicamente su decepción ante el surgimiento de los separatismos en América y frustrado con la actitud del Perú. Llegó a declarar: *"Los que hemos trabajado por la Libertad de América, hemos arado en el mar"*. En su carta desde Bogotá al pueblo ecuatoriano y boliviano, del 3 de julio de 1828, insta con doloroso realismo a armarse *"contra esos miserables peruanos, que ya han violado el suelo de vuestro hijo, y que intenten aun profanar el seno de la madre de los héroes"*. Falleció sólo dos años más tarde, olvidado y abandonado por muchos de los que antes clamaban su nombre como estandarte de unión continental.

En tanto, las aspiraciones expansionistas peruanas sobre el archipiélago de Chiloé nunca desaparecieron. Pocos años después, el Mariscal Andrés de Santa Cruz se valdría de los servicios conspiracionales del propio Freire, ya en exilio, para intentar iniciar en la isla una revuelta pro confederacionista en Chile. Aún es posible escuchar el nombre del archipiélago en el discurso de grupos nacionalistas y ultraderechistas peruanos, ilusionados con la idea de restituir el Imperio Incásico o el Virreinato.

Descarnada competencia estratégica y comercial termina en guerra (1831-1839)

En 1831, los peruanos volvieron a gravar la internación de trigo chileno, esta vez con 7 reales por cada 150 kilos de grano. Era la segunda vez desde 1824, cuando se había gravado con 3 reales por franega. Chile reaccionó castigando al azúcar peruana, en 1832, gravada en 6 reales por arroba. Bastó esta pequeña represalia para que los historiadores peruanos pusieran el grito en el cielo culpando a Chile de iniciar una "lucha comercial", como si las alzas de impuesto previamente cargadas contra los productos del país que los liberó del yugo español, nunca hubiesen existido. Recarga que, por el lado chileno, resultaría doblemente legítima si recordamos que para entonces, el Perú aún no devolvía un solo peso de lo que había costado su onerosa liberación.

Por otro lado, la importancia de Valparaíso en el concierto del Pacífico y las vasta extensión de los territorios litorales chilenos no hicieron más que importunar las aspiraciones peruanas e incrementar la nostalgia por los tiempos de riqueza e importancia que la tutela imperial le garantizaba al Virreinato. Así se explica que,

en 1833, se cobrara un recargo del 8% a todas las mercaderías de barcos que llegasen al Perú tras haber pasado por Valparaíso. Estas hostilidades antichilenas duraron largo tiempo y se mostraron con rostros temibles a través de los años. Se recordará, por ejemplo, que el famoso ministro peruano José María Pando había decidido expulsar de su país a los chilenos residentes, por la sola inspiración del antichilenismo. La ironía de la historia lo obligaría, más tarde, a pedir asilo en este odiado y despreciable país, como un perseguido político y cuando sus propios compatriotas le pusieron precio a su cabeza.

Así las cosas, habría sido casi una consecuencia natural que, a principios de la vida republicana peruana, sus gobernantes comenzaran a mirar con desprecio las ventajas chilenas en el control del Pacífico Sur, cuyo más grande y grosero resultado vino a tener lugar en 1836 con la intentona del Mariscal Santa Cruz y la Confederación. Luego de los acuerdos comerciales con el gobierno de Luis José de Orbegoso, vino el breve gobierno de Felipe de Salaverry en Lima, en 1835. Para evitar continuar con estas hostilidades, el Gobierno chileno de J. J. Prieto había logrado con Orbegoso un Convenio de Comercio y Navegación. A pesar de los beneficios que reportaba al Perú este acuerdo, al aplazar el pago de las deudas por su liberación y lograr que los chilenos revisaran el impuesto al azúcar, dentro de la estructura moral y política de un Perú -agitado por luchas internas y por pugnas entre militaristas y civilistas-, cuando se envió al Perú la ratificación del tratado, este acuerdo estaba condenado al fracaso al igual que el mismo gobierno de Orbegoso, desahucio que ocurrió una vez llegado al poder Salaverry, ese mismo año de 1836, y reafirmado después por la embestida del Mariscal Santa Cruz, al año siguiente.

Producto de sucios *muñequeos* políticos y aplastando a sus enemigos en Lima, Santa Cruz -que era boliviano de nacimiento y había provocado las revueltas golpistas de Salaverry- logró erigirse Protector de la Confederación Perú-Boliviana, bajo el aplauso encandilado de ingenuos americanistas chilenos y peruanos que creyeron ver en la unión del Perú y de Bolivia un paso adelante en la consolidación del sueño bolivariano. El mismo O'Higgins creyó ciegamente en él, al menos hasta poco antes de su caída. Mas la Confederación fue sólo una muestra de la extrema mezquindad vecinal, al echar a competir los puertos del Perú contra los de Chile con medidas que violaban los convenios firmados en 1835, recurriendo incluso al abierto intervencionismo (al enviar a Ramón Freire para intentar el alzamiento en Chiloé) y el financiamiento de intentos de asonadas contra el Gobierno de Chile. También tenía entre sus proyectos, la incorporación de los territorios de Ecuador y Chile dentro de su Protectorado, a imagen del Imperio Incásico y del Virreinato del Perú.

Nuevamente, el fantasma de la aspiración a la hegemonía en el Pacífico Sur movía los hilos de la política internacional de Lima. Aliados Orbegoso y Santa Cruz para derrocar a Salaverry, los confederados se valieron del reconocimiento que Chile había hecho al efímero gobierno de este último para declarar nulo el Tratado de 1835 y reiniciar una peligrosa seguidilla de agresiones comerciales, especialmente en el sentido de poner a competir nuevamente al Callao con el puerto de Valparaíso. La intentona fue detenida a tiempo por los chilenos en las batallas que culminan en la gloriosa

victoria chilena de Yungay, en 1839, conflicto que, en la práctica, vino a sepultar para siempre las posibilidades reales del sueño americanista que aún sobrevivía en algunos bolivarianos cegados por egoístas y delirantes experimentos confederacionistas como el de Santa Cruz.

Debe destacarse que Chile tenía todas las razones validadas por el Derecho Internacional de Guerra para adicionarse una enorme tajada de territorio peruano, como indemnización a una guerra que había sido provocada por incumplimiento peruano, o bien como exigencia de pago a los dineros que aún debía el país incásico por su liberación. En lugar de eso, Chile devolvió íntegramente el territorio a sus dueños, una vez recuperada la senda política republicana del Perú. El pueblo peruano, mayoritariamente opositor a Santa Cruz, agradeció el gesto y celebró por lago tiempo con los chilenos que fueron a darle al país lo que no pocos consideraron su segunda liberación. La llamada *cueca chilena*, la versión chilena de la zamacueca, llegó a esas tierras durante estos festejos, inspirando más tarde el propio baile nacional del Perú.

A pesar de ello, con tiempo el pueblo peruano adicionó este triunfo como una nueva razón para odiar a Chile: otro despliegue victorioso de guerra en su propio suelo, y el aborto forzado de la última oportunidad peruana por restituir el imperio y el virreinato, según se ha dicho. Los propagandistas disfrazados de historiadores hicieron el resto. Un detalle revelador es el derecho a "revancha" que muchos historiadores peruanos se toman con relación al episodio nada decoroso que Blanco Encalada protagonizó en la Primera Expedición Libertadora, en 1836, cuando avanzó pacíficamente por el Perú y firmó por cuenta propia un acuerdo de paz con Santa Cruz, dado que ninguno de los dos quería enfrentarse. Este episodio es interpretado hoy en día como una verdadera "rendición" de parte de Blanco Encalada a las fuerzas peruanas, por parte de autores ansiosos de denostar con algún argumento el triunfo chileno que cerraría después aquel conflicto.

El discurso "revisionista" del Perú sobre la derrota de la Confederación

En la actualidad, los libros de historia peruanos explican esta guerra bajo el axioma de que Chile invadió por razones comerciales (o simplemente sin ellas) al Perú, omitiendo los planes expansionistas del tirano Santa Cruz sobre el Norte de Chile y sus intentos por sabotear la estabilidad política chilena. Dos curiosas tendencias se han dado en el correr del tiempo con relación al episodio de la Guerra de la Confederación:

> 1) Los relatos expiatorios y justificativos hacia el experimento de la Confederación y del Protector Santa Cruz. A pesar de los crímenes políticos cometidos por el mariscal y a pesar de los miles de peruanos que apoyaron la caída del protectorado (recordar el alzamiento peruano a la llegada de Bulnes), se intenta explicar el proyecto de la Confederación como un ensayo de la Unión Americana propiciada por el bolivarismo y se lo expone como un verdadero paso por la Tierra Prometida, donde paseó fugazmente Perú y

Bolivia. Esta idea supone la invasión prepotente de Chile, la negación del intervencionismo de Santa Cruz en el devenir político chileno y, por supuesto, la ilusa interpretación de que el Protectorado tenía la masiva o acaso unánime aprobación del sistema confederado (obviamente, esto exige omitir el júbilo generalizado y las fiestas que hubo en Bolivia la llegar la noticia de la caída del Mariscal). Se señala al Ministro Portales como el incitador de la acción fríamente proyectada por Chile contra ambos países, en la defensa de intereses mezquinos, a pesar de que muchos historiadores difícilmente le veían más de un par de años de existencia a la Confederación, muy dividida y sacudida por crisis internas al momento de iniciarse la guerra. Estas afirmaciones también esconden las misiones diplomáticas que Chile envió hasta el último momento a Lima, intentando evitar el conflicto.

2) Lo que Sergio Villalobos llama la "nacionalización" peruana del triunfo chileno en Yungay. En este caso, los autores peruanos exaltan hasta las nubes la escasa participación del peruano Gamarra en el aplastamiento del Protectorado, intentando minimizar el éxito chileno en el conflicto y arrebatar los laureles del triunfo. Partiendo de argumentos absolutamente opuestos a los del primer caso, se destacan las divisiones internas del Perú confederado, planteando la guerra culminada en Yungay como una verdadera guerra civil, en la que Chile sólo participó en calidad de verdadero intruso. Se llega a afirmar que el General Manuel Bulnes y la segunda Expedición Restauradora estuvieron enteramente subordinadas al peruano Agustín Gamarra, según reclaman autores como Mariano Paz Soldán.

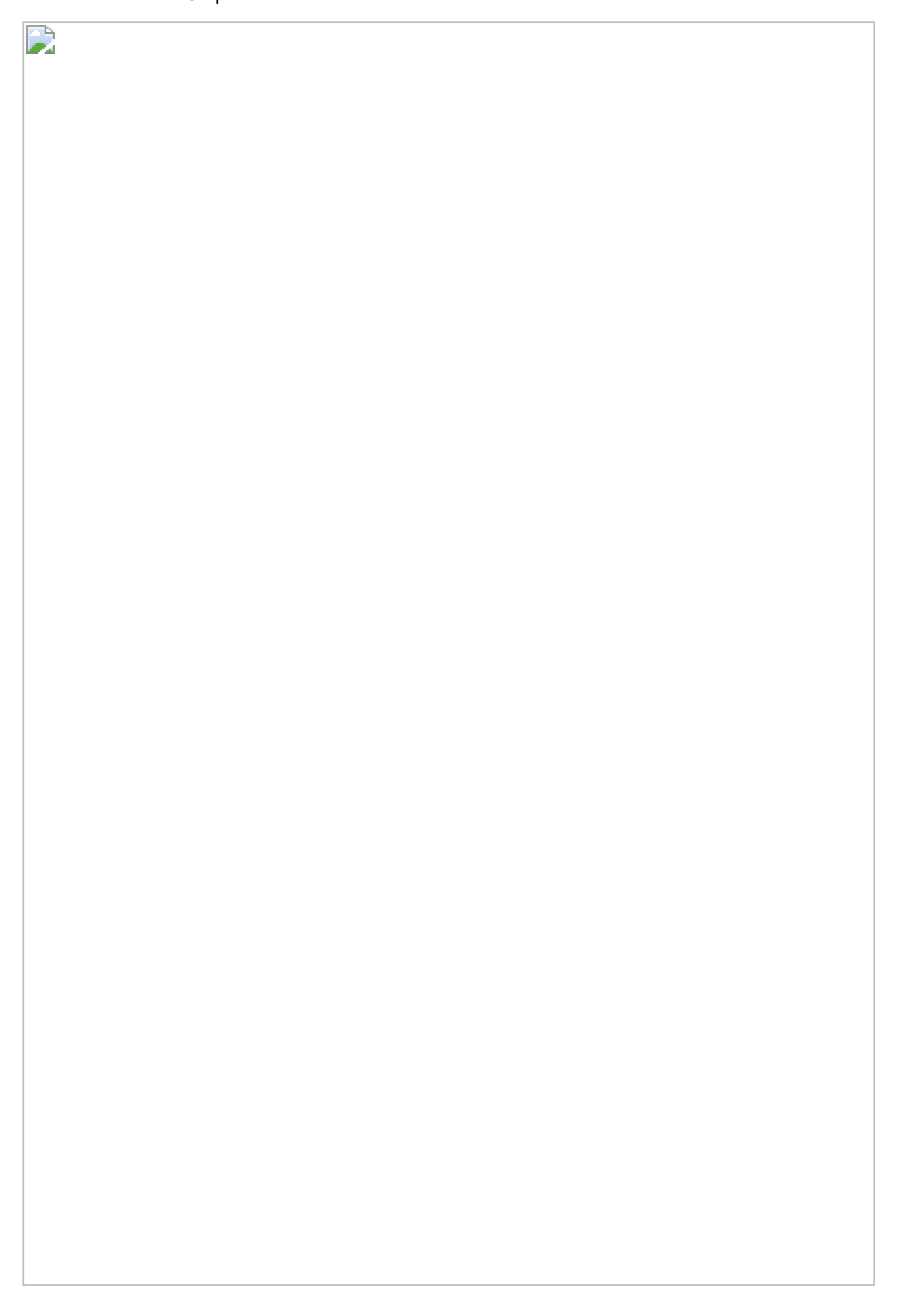
Una nota adicional merece el trato recibido por el Libertador O'Higgins de parte de las fuerzas peruanas que tomaron el control del país después de Yungay. Es bien sabido que el prócer, alejado de las ideas de Portales y autoexiliado en el país incásico, creyó en la buena fe de Santa Cruz y le defendió con decisión seguro de ver en él encarnados los valores de la paz y la integración americana, al menos hasta ocurrido el asesinato del ministro y la calaverada de Freire. Sin embargo, O'Higgins celebró la victoria de las fuerzas chilenas en Yungay como si fuese propia, algo que queda plasmado en la carta que enviara a Prieto el 5 de marzo de 1839, en la que escribe:

> *"La victoria de Yungay vuelve a poner la pluma en mis manos no para distraerlo de sus graves atenciones, sino para felicitarlo por un triunfo que nuestra querida patria ha obtenido todo cuanto podía desear, su honor, seguridad y la independencia del Perú, por lo que Chile ha hecho tan grandes como generosos sacrificios".*

A pesar de esto, el Libertador debió sufrir en carne propia la deslealtad y el resquemor antichileno de algunos peruanos que obrarían con el pretexto de castigar su simpatía por Santa Cruz, cuando aún no se disipaban los humos de los cañones disparados en el brillante triunfo contra las fuerzas del Protectorado.

Funcionarios de la nueva administración se empeñaron en tratar de arrebatarle reconocimientos extendidos en esas tierras y exigiéndole renunciar el grado de Gran Mariscal del Perú, según la petición que formalmente le entregara un juez local el día 5 de abril de 1839, con la firma de Guillermo Carrillo pretendidamente en nombre de Gamarra. Se le solicitaba la devolución de títulos por haber sido extendidos a alguien *"nacido en suelo de Chile"*. Cansado y postrado por sus males, la dolida pluma de O'Higgins se dio el tiempo para escribir ese mismo día una carta a Carrillo en la que le dice:

> *"La materia de que trata no es de naturaleza confidencial, sino muy errada y despreciativa de mi persona y de mis justos títulos, y por si usted ha querido denigrarlos estando en una persona "nacida en suelo de Chile", también me permitirá decirle no ser ésta la conducta de un buen americano. Y diré más, que este chileno los tiene sagrados e intachables, porque fue el primero que mandó sus armas para plantar el árbol de la libertad en esa noble e ilustre capital, que es el mayor y más grande de los títulos para considerarse un verdadero peruano".*
>
> *"¿Qué medallas son las que usted me pide? ¿Qué placa ni banda me ha dado el General Santa Cruz? ¿Ni cómo podía aceptarlas estando en contradicción con las leyes de mi país natal?..."* (Nota: se refiere a la restricción que pone la Constitución de 1833, que impide a ciudadanos chilenos aceptar distinciones de un país extranjero sin autorización parlamentaria).
>
> *"¿Ha visto usted alguna vez, en dieciséis años que tiene de Perú ése don Bernardo O'Higgins, colgar en su pecho, ni en su cuerpo, placas, bandas, cordones de honor, cruces, medallas, cintas y otras zarandajas que ha ganado por su espada?... ¿Cómo podrá usted hacerme creer la orden última de S. E.* (Gamarra) *para sacarme la multa de dos mil pesos, cuando nada menos que anoche mismo he estado dos horas en sociedad en su palacio y en su respetable compañía, sin decirme ni por ilusión tal mandato".*



Registro Oficial de Huancayo (28 de agosto de 1839), publicado y aprobado por el Congreso del Perú tras el triunfo de Chile: Agradecimientos y reconocimientos peruanos para los chilenos por su colaboración al derrotar a las fuerzas de Santa María

¡Perú se niega a pagarle a Chile sus deudas por la Independencia! (1840-1856)

Casi tan pronto se retiró la Expedición Restauradora desde Lima, en 1840, los "agradecidos" líderes peruanos iniciaron arreglos directos con Bolivia sobre los reparos y las indemnizaciones que debía a Chile el Protector Santa Cruz. Insólitamente, el Gobierno de Lima se desentendió de estas nuevas deudas, motivando una desesperada reacción de la Cancillería chilena, que a nada condujo.

Como se recordará, además, el Tratado Bulnes-Gamarra había comprometido al Perú a pagar todos los gastos que a Chile le había

significado la aventura contra la Confederación. Sumados a los dineros que ya se debían desde hacía cerca de 16 años, la cifra llegó a los $ 5 millones casi exactos y que había sido conseguida por empréstitos logrados por Chile en Londres.

Sin embargo, el Gobierno del Perú comenzaba entre tanto a dar señales de querer evitar el compromiso de pago, alegando que los tratados de los que surgían las deudas no habían sido "ratificados" por las Cámaras. Esta clase de sucias y arteras medidas tienen, por desgracia, demasiada frecuencia en la triste realidad cultural del continente, donde la institucionalidad y ordenamiento jurídico siguen siendo ilusiones o ideales a la luz de la calidad del escenario político real en que se desenvuelven sus gobernantes. En éste caso, el Perú estaba desconociendo descaradamente que las letras de los empréstitos habían sido giradas por el Presidente José de la Mar, apareciendo no otro nombre sino el suyo en el trámite de cobro. Por lo demás, en los tratados firmados para estos acuerdos figuraban las firmas de Larrea y Loredo, Salazar y varios otros importantes políticos peruanos.

La prepotente e inusitada agresión militar de Gamarra a Bolivia, que sólo acabó por sumar una nueva derrota al ejército peruano, volvió a retrasar las cosas. Irónicamente, al único país que Lima pudo acudir solicitando una mediación, fue a Chile... Y también de forma insólita, Chile acogió este llamado de una república que consideraba hermana, sin exigir los pagos pendientes como base de conversaciones.

Por otro lado, en los años treintas, Perú había promulgado una ley para incentivar la búsqueda de covaderas de guano en las costas de Tarapacá, ofreciendo a cada descubridor la tercera parte del avalúo de cada hallazgo. La fiebre no se produciría sino hasta conocido el éxito de los experimentos de Cochet sobre las propiedades fertilizantes del guano, hacia 1841, precisamente mientras Chile intermediaba generosamente entre su deudor vitalicio del Perú y el vecino de Bolivia. A pesar de la riqueza generada por las extracciones de aquellos años y de las muestras de desinteresado altruismo americanista chileno, Perú continuó negándose a pagar a Chile las deudas de su Liberación.

Ante una seguidilla de tediosas repactaciones y de propuestas de acuerdos que intentasen convencer al Perú de cancelar sus deudas, el monto adeudado a Chile quedó reducido a sólo $ 2 millones que, finalmente, fueron pagados a regañadientes por el Estado del Perú en varias cuotas, 36 años después de ser contraídas. Chile perdía, de este modo, cerca de $ 3 millones, defraudado por el incumplimiento peruano, en 1856.

Como es de esperar, estos tristes hechos históricos jamás son mencionados por los afiebrados autores ilusionados con restituir una fraternidad que no se ha vuelto a ver desde el proceso de emancipación y que, como hemos estudiado, demandó a Chile una cantidad monstruosa de recursos en nombre de una amistad vecinal que nunca llegó y que, de hecho, significó a la joven república terminar estafada por su propio beneficiario.

Guerra contra España (1865-1866): Perú celebra destrucción de

Valparaíso

Hemos dicho que una creencia muy errada es adjudicarle a la Guerra del Pacífico todos los males de la convivencia chileno-peruana. Todo lo que se ha descrito, hasta este subtítulo, lo confirma. Y los hechos que siguen, también lo hacen por sí solos. Lo peor llegó a ocurrir con el último intento americanista por autorresucitarse, que vino a tener lugar en 1865, cuando Chile -desde su propio interior- es arrastrado a la inútil e innecesaria Guerra con España, para liberar solidariamente al Perú de la invasión hispana a las islas Chincha.

Las fuerzas españolas al mando de Pinzón habían invadido las islas guaneras del archipiélago en Perú, exigiendo indemnizaciones por abusos cometidos a ciudadanos hispanos en territorio peruano. Aunque desde muchos puntos de vista la exigencia de la península podía ser legítima, la diplomacia del Perú se encargó de que fuera interpretada como un verdadero intento de reconquista bajo los griteríos histéricos de la comunidad americanista, motivando una carísima y delirante campaña internacional de parte de nuestro país por socorrer a Lima. Para estos propósitos, los peruanos habían organizado un Congreso Americano en su capital, donde clamaron por ayuda contra este fantástico intento de "reconquista". Todos los demás países se encargaron de solidarizar sin ir más allá del mero compromiso de un papel firmado; pero Chile, arrastrado por ridículos sentimientos de la intelectualidad americanista con acceso a la clase política, acabaría involucrado directamente en una guerra para asistir al "hermano ofendido".

La Moneda obró con tal precipitación y ceguera que declaró la guerra a España antes incluso de que llegara a hacerlo el Perú. Se realizaron carísimas gestiones diplomáticas en favor del Perú para organizar la campaña entre los países de Sudamérica. Sólo Ecuador y Bolivia respondieron al llamado de Chile. Al quedar en evidencia la inferioridad naval del material chilenos, sin embargo, se inició de emergencia un plan para adquirir navíos con los cuales poder enfrentar al poder hispano. Cerca de 15.000.000 de pesos de la época costó esta quijotada.

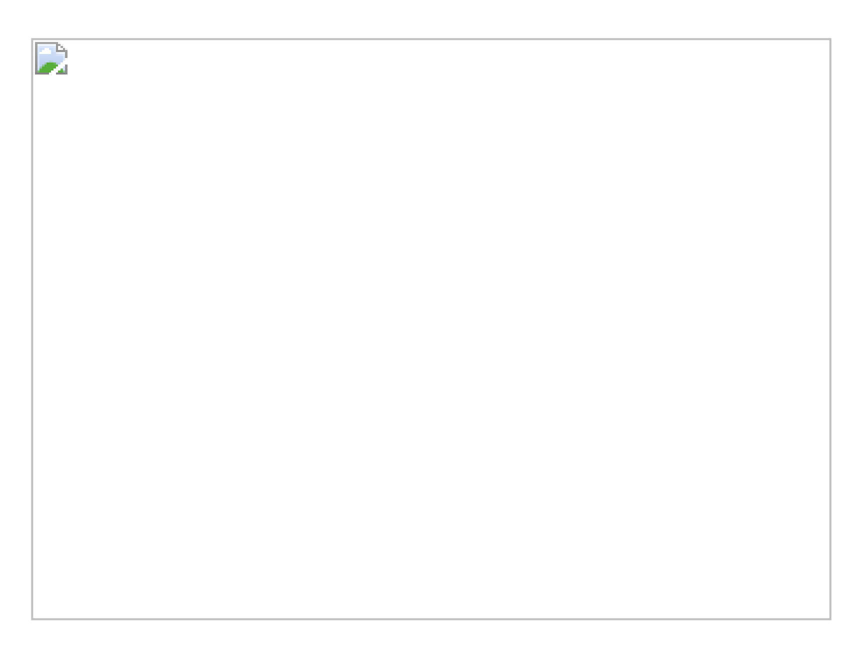
> *"En medio de la lucha* -escribe Villalobos-*, el gobierno procuró adquirir una nave en los Estados Unidos, valiéndose de las gestiones de Maximiano Errázuriz, que concertó la compra de una muy poderosa. Ocurrió entonces algo sorprendente: el Perú entorpeció la negociación de su aliado, que había salido a la palestra para ayudar en su defensa".*

Pero la infamia y la ingratitud no llegaron sólo a eso. Increíblemente, en un hecho pocas veces comentado, cuando los aliados expulsan a los españoles y estos, en represalia, bombardean Valparaíso causando daños millonarios y haciendo perder la primacía de este puerto en América (cerrando con ello, de paso, la posibilidad de cumplimiento de un gran destino en el Pacífico, de paso), la prensa peruana y amplios sectores populares abrazados del antichilenismo -a pesar de la solidaridad demostrada por nuestro país- celebraron alegremente esta agresión en contra del mismo país que se involucraba en su liberación. En Lima (como también en Buenos Aires) fue un júbilo general la noticia de que el

principal puerto de Chile había sido reducido a escombros y se compararon los resultados con la poderosa defensa que logró presentar el Callao ante el ataque de la misma flota hispana, poco después, lo que dio pie a los peores sentimientos de parte del Perú sobre su probada superioridad militar de entonces, a diferencia de lo que fue la visible vulnerabilidad chilena.

Sólo entonces se darán la condiciones que desembocan, posteriormente, en la inclusión del Perú en la Guerra del Pacífico. Vemos así que el conflicto bélico iniciado en 1879 no es la causa del odio peruano hacia Chile, sino la primera muestra de éste, puesto en práctica.

La percepción errada de que el odio peruano derivaría de la guerra salitrera, sin embargo, se excusa por el hecho de que la mayor parte de la propaganda antichilena alimentada por patrioteros y por algunos historiadores del Perú, concentra sus energías en los acontecimientos de aquel conflicto.



Antigua fotografía de las actividades guaneras en las islas Chincha del Perú, perteneciente a la colección Cisneros Sánchez, de Lima. Tras haber sido tomadas las islas por los españoles, Chile salió prácticamente solo a defender al Perú y a expulsar a los invasores en una guerra que envenenó por largo e innecesario tiempo las relaciones con la Madre Patria, que costó la destrucción del puerto de Valparaíso y que no fue capaz de generar sentimiento alguno de lealtad de parte de la nación peruana hacia su aliado.

Influencia peruana en causas de la Guerra del Pacífico (1868-1876)

Todo iba viento en popa para el negocio peruano del guano, hasta que las malas presidencias terminaron llevando al país hasta una severa crisis y un gravísimo déficit monetario. Para abordar la explotación guanera a nombre del Estado del Perú y contrarrestar los pasivos del fisco, se había llamado a licitación a varias empresas y se solicitó un nuevo empréstito, concurso que ganaría la Casa de Augusto Dreyfus & Hermanos. La familia Dreyfus integraba un poderosísimo clan de banqueros y empresarios de origen judeo-francés, ligado a la Banca Francesa. Los derechos para extracción en las covaderas peruanas quedaron, desde ese momento, comprometidas con los intereses capitalistas franceses, a

través de una excesiva extensión de créditos. El problema era que el guano iba a acabarse de un momento a otro en favor de otro negocio tan próspero con el salitre.

Hacia febrero de 1868, las actividades de compra de los blindados que Chile quiso adquirir para la Guerra contra España tuvieron una tentativa de reinicio. En la ocasión, el ministro chileno Alberto Blest Gana notificó de este hecho al ministro peruano ante la corte británica, Teniente Coronel Jara Almonte, algo que echa por tierra la leyenda de que los buques alguna vez fueran adquiridos "secretamente" para provocar una guerra contra Perú y Bolivia. Sin embargo, el 31 de agosto, Lima ordena a Jara Almonte protestar ante el gobierno británico (a escondidas de la representación chilena), alegando a Lord Stanley que Perú y Chile estaban en UNA GUERRA NO DECLARADA, por lo que exigía no venderle blindados a Santiago según lo que indica la política de neutralidad ante un conflicto bélico. Enterado de esta artera y siniestra jugada, el oficial mayor de la Cancillería de Chile, Abdón Cifuentes, advirtió a La Moneda de la necesidad de acelerar de la compra, sugerencia que el Presidente J. J. Pérez descartó por razones presupuestarias. Sin embargo, el ministro Cifuentes advirtió la seriedad de los informes del jefe de la legación chilena en Lima, Joaquín Godoy, sobre el clima evidentemente antichileno de los políticos peruanos y de sus discursos, cuyo tono confrontacional no había bajado ni siquiera después de la enorme ayuda solidaria dada por Chile al Perú tras el terremoto que asoló sus costas, en mayo de 1868. Su insistencia convenció a La Moneda de seguir con la adquisición, en 1871, ya con Federico Errázuriz Zañartu en la Presidencia.

Por entonces, el Presidente Balta renovó acuerdos con la Casa de Augusto Dreyfus & Hermanos y la compañía de Enrique Meiggs. La escasez del guano y la competencia del salitre, sin embargo, dañaron las expectativas de la licitación que se había presentado en 1860, ganada por la Casa Dreyfus, y los créditos que se habían prometido, cundiendo la inquietud entre los inversionistas por el progresivo decaimiento del negocio. En contraste, el salitre explotado por los chilenos en Atacama crecía favorablemente. Para responder a los acreedores, Lima hipotecó las covaderas y prometió, en consignación de deuda, el equivalente a dos millones de toneladas de guano, a 38 soles la tonelada. Para salvar el negocio guanero, el 30 de noviembre de 1868, Balta decretó un impuesto de 4 centavos de sol por quintal de salitre exportado, disponiendo además que todas las calicheras no explotadas pasaran al Estado del Perú, afectando de inmediato a la mayor parte de la fuerza de trabajo y comercio en las salitreras: los chilenos.

Coincidió que, hacia mediados de 1872, Bolivia inició una verdadera cacería tributaria contra los chilenos de Cobija, provocando protestas que llegaron a La Moneda. Lamentablemente, tuvo lugar aquel año la expedición golpista del exiliado boliviano Quentín Quevedo en el "Paquete de los Vilos", en la misma caleta, situación que fue utilizada groseramente por esos días en la sociedad boliviana y peruana, para acusar a Chile de estar detrás de semejante disparate aventurero. Insólitamente, el día 8 del mes de noviembre, la Asamblea de Bolivia autorizó al Presidente para firmar una alianza con el Perú *"contra toda agresión extraña"*, usando el incidente de Cobija como excusa. La verdad es que en 1863 Bolivia

había ofrecido una alianza al Perú, que ahora era de gran interés de Lima, pues los cuerpos diplomáticos de ambos países habían iniciado, en absoluto secreto, la discusión de las bases de un acuerdo militar contra Chile en el invierno de ese mismo año, meses antes de la escaramuza de Quevedo y precisamente cuando Perú fue informado del armado de los blindados chilenos en Inglaterra, en agosto de 1872. Con tal objetivo, Bolivia envió instrucciones urgentes a su agente en Lima, don Juan de la Cruz Benavente, con la prioridad de cerrar lo antes posible la alianza con Perú.

El Presidente Manuel Pardo, del Perú, aceptó entrar al tratado, pero interesado principalmente en la adhesión argentina al mismo. Su prioridad era, por mientras, provocar el desahucio del condominio territorial de los desiertos salitreros que Chile y Bolivia habían fijado en el Tratado de 1866. Preparándose para un eventual escenario bélico con Chile, el 1º de octubre creó la Escuela Militar, organizándola el mes siguiente; el 4 dio cuenta al Consejo de Gabinete del avance en la construcción de los blindados y el 7 de noviembre organizaba la Guardia Nacional. El 18 siguiente estructuró el Cuerpo de Caballería y el 19 informó al Consejo de los roces entre Chile y Bolivia culpando al primero de apoyar la expedición de Quevedo. Al día siguiente, presentó la Ley de Conscripción Militar destinada a ampliar las filas del contingente. Ese mismo día, instruía a su representante en Santiago para intentar influir en el problema chileno-boliviano. Adicionalmente, Pardo comprometió a Bolivia en una cláusula de acuerdo que la obligaba a *"no concluir tratados de límites o de otros arreglos territoriales, sin consentimiento previo de la otra parte contratante"*. La adhesión de Bolivia propuesta ante el gabinete, se realizó el 11 de noviembre, ocasión en la que el canciller peruano Riva Agüero declaró (los destacados son nuestros):

> *"...es de temer que estos graves acontecimientos no podían dejar de afectar los intereses del Perú que se hallan ligados a la independencia e integridad de Bolivia. Además de influir sobremanera en la SUPREMACÍA QUE EL PERÚ TIENE Y ESTA LLAMADO A CONSERVAR EN EL PACÍFICO, que el gobierno de Bolivia, aliado siempre a la franca y noble del Perú, está ahora más que nunca, decidido a seguir los sabios consejos de esta república y cuenta con su poderosa ayuda en la contienda a que quiere conducirlo el tono imperante de Chile".*

El 6 de febrero de 1873, el representante boliviano Juan de la Cruz Benavente y el representante peruano Riva Agüero, firmaban en Lima el Tratado de Alianza Secreta contra Chile o *Alianza Defensiva*, como se le llamó, a pesar de que de *defensiva* tenía bien poco. Sin perder tiempo, Riva Agüero instruyó a su representante en Buenos Aires, Yrigoyen, el 20 de mayo de 1873, para lograr una adhesión formal de la Argentina al tratado secreto que acababa de ser ratificado en el Perú. La idea era que la Argentina ingresara a la alianza contra Chile, por tener cuestiones pendientes con ese país por la controversia de la Patagonia. Con esta idea, el 6 de agosto de 1873, Riva Agüero envió otra nota, esta vez a su representante en La Paz, De la Torre, para que presionara al Gobierno de Bolivia buscando el rompimiento del Tratado de 1866 y del Convenio Lindsay-Corral:

> *"...procurando que el rompimiento no lo haga Bolivia, sino que sea Chile quien se vea precisado a llevarlo a cabo (...) Lo que a ésta conviene es no perder tiempo en discusiones inútiles que a nada conducen, sino a permitir que Chile se arme suficientemente".*
>
> *"Rotas las relaciones y declarado el estado de guerra, Chile no podría sacar ya sus blindados y sin fuerzas bastantes para atacar con ventaja, se vería en la precisión de aceptar la mediación del Perú, la que en caso necesario se convertiría en mediación armada si la fuerza de aquella república pretendiera ocupar Mejillones y Caracoles..."*

El 24 siguiente, Riva Agüero vuelve a dirigirse a Yrigoyen en los siguientes términos:

> *"La tardanza entraña graves peligros...Chile tendría fuerzas marítimas que no permitirían a los aliados hacerse escuchar e impedir la guerra (...) bastaría a la Argentina ultimar sus relaciones con Chile, llevarlo a extremos violentos y para tal evento el Perú asumiría la actitud de mediador armado..."*

Aunque una holgada mayoría aprobó la adhesión a la Alianza Secreta en la Cámara Baja de la Argentina, dejando pendiente la votación del Senado, el diputado opositor a este acuerdo, Guillermo Rawson, en carta del 21 de septiembre de 1873, confiesa al Senador Plácido Bustamante que *"el Perú no tiene ni puede llegar a atener cuestiones de este linaje con Chile, iniciada la negociación del tratado de alianza, sólo por un espíritu de rivalidad y de prepotencia en el Pacífico"*, agregando que Perú sólo *"busca aliados para mantener en jaque a su rival y para humillarlo en caso de que estalle la guerra".*

Sin embargo, la postergación de la entrada de Argentina a la Alianza y el efímero espíritu de sensatez boliviana que permitió lograr con Chile el nuevo Tratado de 1874, calmaron momentáneamente el afán confrontacional y antichileno del Perú, que por esos días debió cosechar en silencio la frustración por el evidente fracaso del estanco del salitre, como se admite en su Memoria de Hacienda de 1874, situación que motivó la creación de una Comisión de Salitreros, presidida por el empresario Juan Gildemeister y secretariada por el futuro mandatario Guillermo Billinghurst, la que se reunió con Pardo varias veces, quien cerró el ciclo declarando que él no gobernaba *"para hacer la grandeza de Chile, sino para hacer la ventura del Perú"*. Esto explica que, el 28 de mayo de 1875 promulgara una nueva ley para expropiar todas las salitreras con certificados a dos años plazo con interés de 8% anual como ganancia, decretando al día siguiente la imposición de un nuevo tributo de 30 centavos de sol por quintal (46 kilos), decisiones que, si bien afectaban a todos los inversionistas (ingleses, franceses e incluso peruanos) evidentemente iban dirigidas a los chilenos, con la mayor presencia en Tarapacá. El 13 de junio de 1876, se declaró propiedad del Perú a todas las salitreras no explotadas o que estuviesen abandonadas, asistidos por la colaboración del empresario Juan G. Meiggs.

Pero nuevos problemas internos complicaron al Perú. Pardo debió enfrentar las asonadas del ex ministro Nicolás de Piérola, que produjeron gran inestabilidad interna. Y, mientras la ansiada adhesión argentina aún no se concretaba, llegó la noticia de que los blindados chilenos comenzaban a zarpar desde Inglaterra rumbo a Valparaíso. En tanto, una ola de indignantes abusos y atrocidades contra los chilenos en Atacama y Tarapacá tuvieron lugar durante esos días.

Complicidad de Perú en ruptura chileno-boliviana y estallido de la Guerra del 79

Intentando provocar la ruptura antes de terminar su gobierno, Pardo aprovechó que, en abril de 1878, debía discutirse entre Lima y La Paz la renovación de un acuerdo de aduana común en Arica y Mollendo, que estaba por expirar. Suponía que ante una nueva crisis entre Chile se daba por hecho la reintegración de Argentina al cuadrillazo, situación en la que Chile aceptaría una mediación peruana al conflicto de Atacama.

Fue por esto que, el 14 de febrero de 1878, la Asamblea de Bolivia aprobó el fatídico y controvertido impuesto de 10 centavos por quintal al salitre exportado por la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta, propuesto por el Presidente Daza violando el Tratado de 1874, pero postergando la ejecución del tributo hasta el 15 de octubre, fecha en la que debía firmarse con Perú el nuevo Tratado de Comercio y Aduanas.

Al llegar al poder el Presidente Mariano Ignacio Prado, se encontró con los peligrosos compromisos aliancistas que le había heredado la administración de Pardo. Quiso evitar la explosión de esta bomba de tiempo, pero por esos mismos días la Cancillería de Bolivia presentó al ministro peruano José Luis Quiñones, el decreto de reivindicación de las salitreras para traspasarlas al Perú. Curiosamente, Quiñones, había viajado a La Paz para convencer a Daza de aceptar una mediación peruana y no dar cumplimiento al compromiso de alianza. Sin embargo, el representante se mostró entusiasmado con la idea de que las salitreras se transfirieran a su país, luego de que el Canciller Lanza asegurara:

> *"...el deseo del Gobierno boliviano es preferir en la explotación de sus salitres del litoral a su hermana y aliada, la República del Perú, con el objeto de evitarle la competencia de la explotación de las que tiene"*.

Pocos días después, comenzaba la Guerra del Pacífico. El 16 de abril de 1879, en un concurrido mitin y en presencia de autoridades políticas, militares y eclesiásticas, Prado anunciaba el inicio del conflicto, agregando que Chile debería quedar reducido al territorio existente entre los paralelos 26° y 24°, *"territorio suficiente para la escasa población de dos millones y medio con que cuenta esa republiquilla"*, pues *"el Perú, encargado de regir los designios continentales, debe poseer el Estrecho de Magallanes, para mantener a Chile constantemente sometido a su vigilancia"*. Demás está recordar que las atrocidades y los abusos contra los chilenos por parte de peruanos persistieron con mayor crueldad durante toda la guerra, llegando a niveles insólitos.

Recordando estos amargos hechos, en momentos en que su patria pagaba las irresponsabilidades por los mismos en plena Guerra del Pacífico, el secretario personal del general peruano Miguel Iglesias, don Julio Hernández, en la Asamblea del Norte del Perú, recordaba dolorosamente:

> *"Chile era nuestro aliado hasta 1872. ¿Quién dio el pretexto para la enemistad de Chile? ¿Quién nos hizo más débiles por mar y tierra? ¿Quién nos condujo a la ruptura maniatados?: El Gobierno del Señor Pardo, ese Gobierno a quien se acaba de llamar glorioso... ¡El más glorioso del Perú!"*
>
> *"Y como no fuera bastante esperar el peligro como un idiota, el más glorioso Gobierno que ha tenido Perú, hirió de muerte la industria chilena en Tarapacá. Para satisfacer impuras necesidades de círculo y devolviendo a Chile capitales y brazos empleados en nuestro suelo... exaltó sus iras hasta precipitar deliberadamente los funestos acontecimientos".*

El odio antichileno del Perú tras la derrota militar aliada (1880-1894)

Un largo período de hostilidad y afanes de venganza persistirían en Perú después de la Guerra del Pacífico, continuando, de alguna manera, hasta nuestros días. De hecho, en plena guerra se promulgó en Lima un curioso decreto, hacia 1880, que cambió el nombre a varios elementos de la tradición peruana, así como *"a todo lo que pudiera recordar a los chilenos",* como fue el caso de la citada cueca chilena, más tarde rebautizada "marinera" en honor a Grau y hoy convertida en el baile nacional de ese país.

Con la firma del Tratado de Ancón, en 1883, se dio por finalizado el conflicto entre Chile y Perú y se dispuso que la posesión de los territorios de Tacna y Arica quedarían en manos de los chilenos durante diez años después de la aprobación del tratado, para luego someter los territorios a un plebiscito que decidiría en que país quedarían.

De inmediato, se inició la incorporación administrativa y política de los territorios ante la desesperada mirada de los peruanos, que no estaban dispuestos a renunciar a ambas ciudades. El odio y la virulencia no tardaron en engendrarse por sí solos con fecundidad de roedor. El filósofo político e intelectual peruano Manuel González Prada, en discurso para la apertura del Encuentro de Estudiantes de Lima del Teatro Politeama, en 1888, entregó una violenta arenga para que fuese leída por uno de los niños asistentes al encuentro, en la que decía:

> *"¡Ojalá cada una de mis palabras se convierta en trueno que repercuta en el corazón de todos los peruanos y despierte los dos sentimientos capaces de regenerarnos y salvarnos: el Amor a la patria y el Odio a Chile! Coloquemos nuestra mano sobre el pecho, y el corazón nos dirá si debemos aborrecerle. Si el odio injusto pierde a los individuos, el odio justo salva siempre a las*

naciones. Por el odio a Prusia, hoy Francia es poderosa, como nunca. Cuando el París vencido se agita, Berlín vencedor se pone de pie. Todos los días, a cada momento, admiramos las proezas de los hombres que triunfaron en las llanuras de Marathon o se hicieron matar en los desfiladeros de las Termópilas; y bien, "la grandeza moral de los antiguos helenos consistía en el amor constante a sus amigos y en el odio inmutable a sus enemigos"... No fomentemos, pues, en nosotros mismos los sentimientos anodinos del guardador de serrallos, sino las pasiones formidables del hombre nacido para engendrar a los futuros vengadores. No diga el mundo que el recuerdo de la injuria se borró de nuestra memoria antes que desapareciera de nuestras espaldas la roncha levantada por el látigo chileno. Verdad, hoy nada podemos, somos impotentes; pero aticemos el rencor, revolvámonos en nuestro despecho como la fiera se revuelca en las espinas; y, si no tenemos garras para desgarrar ni dientes para morder, ¡que siquiera los mal apagados rugidos de nuestra cólera viril vayan de cuando en cuando a turbar el sueño del orgulloso vencedor!"

En el intertanto, del plazo para definir la situación de Tacna y Arica, como se sabe, Perú también apoyó los intereses de los Estados Unidos durante el incidente de 1891 que culminara en el llamado "Caso Baltimore", que casi desemboca en guerra entre ese país y Chile. Notable situación que vale la pena traer a la memoria cuando se repiten tantos discursos americanistas en nuestros días, especialmente si consideramos el apoyo de la Argentina que también otorgó a los Estados Unidos, en su caso ofreciendo incluso asistencia estratégica para una eventual invasión.

Para empeorar las cosas, ese mismo año comenzaba la infausta revolución derivada del antagonismo y posterior quiebre entre el Presidente Balmaceda y el Congreso Nacional, desatando una violenta guerra civil en la que también intervinieron intereses extranjeros en contra de los planes de nacionalización impulsados por el balmacedismo. El gran Balmaceda había llegado a La Moneda en 1886, iniciando de inmediato una de las políticas de mayor realismo diplomático en la historia de Chile, al aumentar la dotación y el material de guerra y mantener una evidente desconfianza con los tres vecinos. A pesar de ello, precisamente en esos momentos de 1891, el mandatario se encontraba preparando el protocolo que formalizaba el llamado a plebiscito, tarea que quedó inconclusa producto de la hecatombe social chilena.

Como es de esperar, sin embargo, los autores e historiadores peruanos dan rienda suelta a sus acusaciones contra Chile por este atraso en la realización del plebiscito de Tacna y Arica, omitiendo, por supuesto, que la razón era esta incontrolable situación de agitación política y desconociendo también las innumerables veces en que las relaciones entre Chile y Perú se vieron atrasadas o perturbadas por problemas internos de ese país, mucho más frecuentes y reiterados.

El plebiscito de 1894, en consecuencia, nunca pudo ser realizado, creándose así las condiciones para que la enemistad y la

confrontación perdurasen a la llegada del agitado y violento siglo XX.